



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de

Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XVII

Nº 17

05.02.2023

DOMINGO DE LA 5ª SEMANA DEL T. ORDINARIO

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro de Isaías (Is 58, 7-10)
Salmo Responsorial	Salmo 111 (Sal 111, 4-5. 6-7. 8a y 9)
2ª Lectura	De la 1ª carta de San Pablo a los Corintios (1Cor 2, 1-5)

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ① SEGÚN SAN MATEO (MT 5, 13-16):

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«**Vosotros sois la sal de la tierra.** Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente.

Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte.

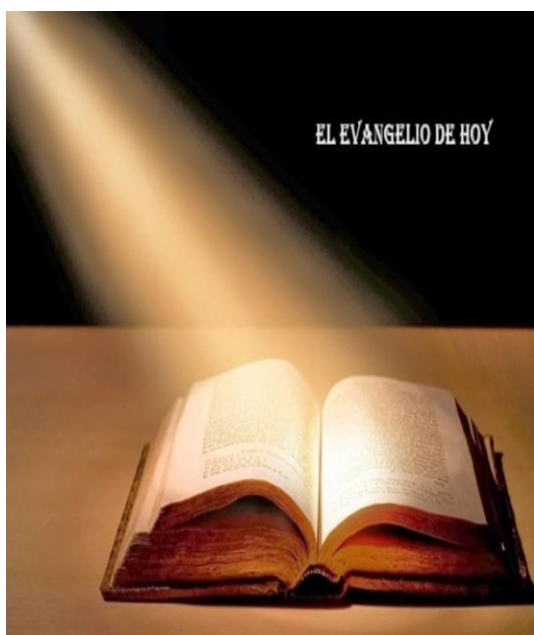
Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa.

Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo».

① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:

... Vosotros sois la luz del mundo...



Si eres luz, vive en la luz: Debemos mantener, en Jesucristo, la fe y la caridad, que son el principio y el fin de la vida: el principio es la fe, el fin es la caridad. Cuando ambas virtudes van a la par, se identifican con el mismo Dios, y todo lo que contribuye al bien obrar se deriva de ellas.

El que profesa la fe no peca, y el que posee la caridad no odia. **Por el fruto se conoce el árbol;** del mismo modo, los que hacen profesión de pertenecer a Cristo se distinguen por sus obras.

Lo que nos interesa ahora, más que hacer una profesión de fe, es mantenernos firmes en esa fe hasta el fin. Es mejor callar y obrar que hablar y no obrar. Buena cosa es enseñar, si el que enseña también obra. Uno solo es el maestro, que **lo dijo, y existió;** pero también es digno del Padre lo que enseñó sin palabras.

La Formación Litúrgica del Pueblo de Dios

Carta «Desiderio Desideravi» del Santo Padre Francisco

Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar (Lc 22, 15). (8)

(“Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer”). (Continúa la Carta del Santo Padre):

7. La necesidad de una seria y vital formación litúrgica (cont.)

Otra cuestión decisiva es la educación necesaria para adquirir la actitud interior, que nos permita situar y comprender los símbolos litúrgicos. Lo expreso de forma sencilla. Pienso en los padres y, más aún, en los abuelos, pero también en nuestros párrocos y catequistas. **Muchos de nosotros aprendimos de ellos el poder de los gestos litúrgicos, como la señal de la cruz, el arrodillarse o las fórmulas de nuestra fe.** Quizás puede que no tengamos un vivo recuerdo de ello, pero podemos imaginar fácilmente el gesto de una mano más grande que toma la pequeña mano de un niño y acompañándola lentamente mientras traza, por primera vez, la señal de nuestra salvación. El movimiento va acompañado de las palabras, también lentas, como para apropiarse de cada instante de ese gesto, de todo el cuerpo: **«En el nombre del Padre... y del Hijo... y del Espíritu Santo... Amén».** Para después soltar la mano del niño y, dispuesto a acudir en su ayuda, ver cómo repite él solo ese gesto ya entregado, como si fuera un hábito que crecerá con él, vistiéndolo de la manera que sólo el Espíritu conoce. A partir de ese momento, ese gesto, su fuerza simbólica, nos pertenece o, mejor dicho, pertenecemos a ese gesto, nos da forma, somos formados por él. **El resto es obra del Espíritu. Así hemos sido iniciados en el lenguaje simbólico.**



8. El «Ars Celebrandi»

Un modo para guardar y para crecer en la comprensión vital de los símbolos de la Liturgia es, ciertamente, cuidar **el arte de celebrar** ('Ars Celebrandi'). Esta expresión, objeto también de diferentes interpretaciones, se entiende más claramente teniendo en cuenta el sentido teológico de la Liturgia descrito en el número 7 de **Sacrosanctum Concilium**, al que nos hemos referido ya varias veces. El 'Ars Celebrandi' no puede reducirse a la mera observancia de un aparato de rúbricas, ni en una fantástica creatividad sin reglas. **El rito es en sí mismo una norma, y la norma nunca es un fin en sí misma, sino que siempre está al servicio de la realidad superior que quiere custodiar.**

Como cualquier arte, requiere diferentes conocimientos. En primer lugar, la comprensión del dinamismo que describe la Liturgia. El momento de la acción celebrativa es el lugar donde, a través del memorial, se hace presente el misterio pascual para que los bautizados, en virtud de su participación, puedan experimentarlo en su vida. **Es necesario, pues, conocer cómo actúa el Espíritu Santo en cada celebración: el arte de celebrar debe estar en sintonía con la acción del Espíritu.** Sólo así se librará de 'subjetivismos', que son resultado de la prevalencia de sensibilidades individuales, y de 'culturalismos', que son incorporaciones sin criterio de elementos culturales, que nada tienen que ver con un correcto proceso de inculturación. Por último, es necesario conocer la dinámica del lenguaje simbólico, su peculiaridad, su eficacia.

El arte de celebrar no se puede improvisar. Como cualquier arte, requiere una aplicación asidua. Uno no aprende el arte de celebrar porque asista a un curso de oratoria o de técnicas de comunicación persuasiva. Toda herramienta puede ser útil, pero siempre debe estar sujeta a la naturaleza de la Liturgia y a la acción del Espíritu. **Es necesaria una dedicación diligente a la celebración, dejando que la propia celebración nos transmita su arte.** Guardini escribe: **«Debemos darnos cuenta de lo profundamente arraigados que estamos todavía en el individualismo y el subjetivismo, de lo poco acostumbrados que estamos a la llamada de las cosas grandes y de lo pequeña que es la medida de nuestra vida religiosa. Hay que despertar el sentido de la grandeza de la oración, la voluntad de implicar también nuestra existencia en ella».**

Así es como se aprende el arte de la celebración.

Seguirá en la H.S. de la próxima semana...

Mientras estaba en el seminario, el ex ministro presbiteriano Scott Hahn, ahora profesor de teología en la Universidad Franciscana de Steubenville y cofundador y presidente del Centro St. Paul de Teología Bíblica, descubrió a los primeros Padres de la Iglesia cuyos escritos revelaron cómo el Nuevo Testamento está oculto en el Antiguo Testamento y cómo el A.T. se revela en el N.T.



“Cuando predicaba, mostraba cómo Jesús es el nuevo Moisés o el nuevo Salomón o el Cordero pascual. A mi congregación le encantó tanto como a mí. Pero cuanto más profundizaba en la predicación patrística y la lectura de las Escrituras, más claramente se volvía eucarística”, le dijo al Register. Pero la Iglesia de Hahn no tenía la Eucaristía. Más bien, la creencia presbiteriana sobre su “Cena del Señor” es que Cristo está presente, pero el pan y el vino son meros símbolos. Esto llevó al entonces anticatólico Hahn a una Misa, como observador, no como participante, con su Biblia abierta a su lado.

“En esa primera Misa, escuché las palabras de consagración... y me doy cuenta, ‘esto no es pan; este es su cuerpo, esto no es vino; ¡esta es su sangre!’. Cuando empezaron a cantar: ‘Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo’, se me abrieron los cielos”, comenta. Una hora después del fin de la Misa, Hahn seguía sentado en el banco trasero de la capilla preguntándose si había estado en una Misa entre semana o en la adoración de los ángeles y santos en la Cena de las Bodas del Cordero como se describe en Apocalipsis 19,9. “Era una capilla en el sótano y la liturgia celestial del apocalipsis de Juan”, observa.

De los Padres de la Iglesia, Hahn había aprendido que, en la Pascua, los israelitas, esclavos en Egipto, no solo sacrificaron un cordero y rociaron su sangre en los postes de sus puertas como rescate, sino que también tuvieron que comer el cordero. “Esa no era una opción. Si eso es cierto para el antiguo pacto no es menos cierto, sino más cierto, para el nuevo pacto”, dijo Hahn. “Cristo hizo esas provisiones y no solo dijo: ‘Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida, el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él’, sino que, en el Cenáculo un año después, encarna realmente esa enseñanza al hacer del pan su Cuerpo y del vino su Sangre. Al leer todo esto a través de los ojos de los Padres, no solo estaba conectando el Antiguo Testamento y el Nuevo, sino que aún más estaba conectando la Pascua y la Eucaristía. La Eucaristía como Pascua de la Nueva Alianza es lo que iluminó el misterio del Viernes Santo”, explicó.

Hahn entendió que la Última Cena con los apóstoles en el Jueves Santo es lo que transformó el Viernes Santo de simplemente otra ejecución romana en un sacramento. “La Eucaristía es donde se inicia el sacrificio de Cristo; el Calvario es donde se consuma el sacrificio”, dijo. “El domingo de Pascua, con la resurrección de Cristo, ese sacrificio se convierte en el sacramento, y cuando Cristo asciende al Cielo, lo que ofrece en el Cielo es su Cuerpo glorificado. Lo que recibimos y lo que ofrecemos en la tierra en la Misa es el Cuerpo glorificado de Cristo”, indica.

Hahn dice que el estudio de las Escrituras le “había llevado a la fe eucarística”. “Ir a mi primera Misa fue lo que me llevó a la devoción eucarística”, sigue comentando. La resurrección de Cristo no solo causa la transubstanciación, de modo que el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre resucitados de Cristo, explica Hahn, sino que pone en marcha lo que eventualmente será la resurrección de nuestros cuerpos. “Cuando recibimos el Cuerpo resucitado de Cristo en la Eucaristía, el Salvador resucitado transforma nuestra carne mortal en su carne inmortal.

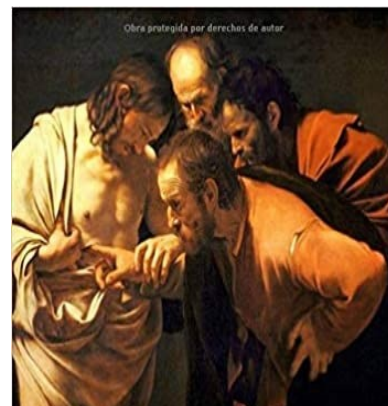
Sinceramente, creo que los católicos no reconocen lo asombrosa que es la gracia. Es lo que San Juan Pablo II llamó ‘asombro eucarístico’. Es asombroso lo poco asombrados que estamos por lo que profesamos”, reflexiona. Hahn recibió la Eucaristía por primera vez en la Vigilia de Pascua en 1986. “Casi esperaba campanas, voces de ángeles, trompetas del Cielo. Lo que realmente estaba ahí es cómo lo extraordinario se esconde en lo ordinario. ... Regresé convencido de que el Señor Jesús, a quien había servido y enseñado, ahora estaba unido a mí de una manera que nunca antes lo había estado”, concluye.



LA DIVINIDAD DE JESÚS (17): LA RESURRECCION DE JESÚS (3)

La Resurrección como acontecimiento transcendente. "¡Qué noche tan dichosa, sólo ella conoció el momento en que Cristo resucitó de entre los muertos!". En efecto, nadie fue testigo ocular del acontecimiento mismo de la Resurrección y ningún evangelista lo describe. Nadie puede decir cómo sucedió físicamente. Menos aún, su esencia más íntima, el paso a otra vida, fue perceptible a los sentidos.

Acontecimiento histórico demostrable por la señal del sepulcro vacío y por la realidad de los encuentros de los Apóstoles con Cristo resucitado, no por ello la Resurrección pertenece menos al centro del Misterio de la fe en aquello que trasciende y sobrepasa a la historia. Por eso, Cristo resucitado no se manifiesta al mundo sino a sus discípulos, "a los que habían subido con Él desde Galilea a Jerusalén y que ahora son testigos suyos ante el pueblo".



La Resurrección obra de la Santísima Trinidad. La Resurrección de Cristo es objeto de fe en cuanto es una intervención transcendente de Dios mismo en la creación y en la historia. En ella, las tres Personas divinas actúan juntas a la vez y manifiestan su propia originalidad. Se realiza por el poder del Padre que "ha resucitado" a Cristo, su Hijo, y de este modo ha introducido de manera perfecta su humanidad —con su cuerpo— en la Trinidad. Jesús se revela definitivamente "Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos". San Pablo insiste en la manifestación del poder de Dios por la acción del Espíritu que ha vivificado la humanidad muerta de Jesús y la ha llamado al estado glorioso del Señor.

En cuanto al Hijo, Él realiza su propia Resurrección en virtud de su poder divino. Jesús anuncia que el Hijo del hombre deberá sufrir mucho, morir y luego resucitar (sentido activo del término). Por otra parte, él afirma explícitamente: "Doy mi vida, para recobrarla de nuevo ... Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo". "Creemos que Jesús murió y resucitó".

Los Padres contemplan la Resurrección a partir de la persona divina de Cristo que permaneció unida a su alma y a su cuerpo separados entre sí por la muerte: "Por la unidad de la naturaleza divina que permanece presente en cada una de las dos partes del hombre, las que antes estaban separadas y segregadas, éstas se unen de nuevo. Así, la muerte se produce por la separación del compuesto humano, y la Resurrección por la unión de las dos partes separadas" (San Gregorio de Nisa, *De tridui inter mortem et resurrectionem Domini nostri Iesu Christi spatio*; cf. también DS 325; 359; 369; 539).

Sentido y alcance salvífico de la Resurrección. "Si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe". La Resurrección constituye ante todo la confirmación de todo lo que Cristo hizo y enseñó. Todas las verdades, incluso las más inaccesibles al espíritu humano, encuentran su justificación si Cristo, al resucitar, ha dado la prueba definitiva de su autoridad divina según lo había prometido.

La Resurrección de Cristo es cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento y del mismo Jesús durante su vida terrenal. La expresión "según las Escrituras" indica que la Resurrección de Cristo cumplió estas predicciones.